

## LA ESCUCHA DEL SILENCIO

— ¿No oyes el grito del calmado mar? Olvidó sus sueños entre la niebla y ahora ya no puede saber quién es.

Estas fueran las palabras del viento acariciando sus cabellos oscuros. Tenía la piel blanca y cantaba. Cantaba sin cesar todo aquello que le lloraba por dentro. Ahogaba su llanto y no podía contemplar el silencio. Creía que en éste la música se escondería y cesaría.

Se acercó a la orilla, fría, y dejó que el agua le tocara los pies. Quería saber que estaba bien y empezó a hilar una pequeña canción de cuna. La música la abrazaba y besaba. Se unían y deshacían cuánto querían. Sin embargo, en cuanto la voz paraba y las hojas de los árboles cercanos dejaban de danzar, la inquietud de la incertidumbre, del aullido de las olas, le penetraban los deseos.

Anduvo hacia unos frondosos jardines y se tumbó en el suelo arenoso. Pequeñas notas en su cabeza. No comprendía que todo necesita de su opuesto, que vivimos para la muerte y morimos porque hemos vivido. El fuego baila dichoso, mas no sabe que morirá. El aire era frío y el cielo, blanco. La escarcha se detuvo y se negó a perecer; los ciclámenes querían alcanzar un sol inexistente.

La claridad del crepúsculo no era más que una hermosa gota de ámbar sobre sus ojos. Escuchaba el silencio más profundo. En éste la música resonaba dichosamente. Y como la flor que se cierra durante la noche, ella se fue acurrucando, haciéndose pequeña, acariciándose la propia piel. En aquel inmenso lugar, ya no era quien había sido. La noche era serena y las estrellas la velaban. Este es nuestro edén: la música, el silencio, lo eterno.